

140
V.

B244
.R4
V28



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

INTRODUCCIÓN



El propósito del corto ensayo que sigue no es hacer la historia de la doctrina pitagórica ni discutir sus principios, sino aventurar una interpretación que me parece bien fundada y fértil en consecuencias estéticas. Sin embargo, los excelentes libros que sobre el pitagorismo existen se hallan aquí citados en su mayor parte, pues son insustituibles para el estudiante de filosofía.

En la primera parte de este trabajo he procurado hacer un esbozo del Pitágoras tradicional, moralista y fundador de secretos cultos.

La segunda parte se dedica al análisis de las más conocidas interpretaciones que de la doctrina pitagórica se han intentado en distintas épocas, desde Filolao y Aristóteles hasta los tiempos modernos.

En la tercera parte se expone la interpretación estética de la teoría del número.

* * *

Según nuestro concepto moderno, el universo es una serie engranada de cambios fenomenales, regidos por leyes uniformes e independientes de nuestra voluntad. Pero aparte de este movimiento, propio de las cosas abandonadas a sí mismas, ajeno a nuestra acción, sabemos que la humanidad, en todo tiempo, antes como ahora, se ha empeñado en imaginar que las cosas no siempre van solas por su camino, y que suele ser la conciencia

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

la que dirige sus movimientos: la seductora que las llama a participar de su vivacidad y hálito propios. En el mundo fenomenal nos impresiona el curso condicionado de los fenómenos, la acción uniforme de las leyes; pero, más que el orden o la ley, admiramos en el mundo el panorama inefable. Antes de analizar los objetos y descubrir en ellos las diversas cualidades que afectan a nuestros sentidos, el espectáculo del conjunto nos llena de estupor.

La emoción primera frente a las cosas no se compone únicamente, como tanto se ha dicho, de asombro infantil y vago terror. Uno y otro son accidentes que acompañan al sentimiento hondo y único que el paisaje y el objeto despiertan en toda alma humana que los contempla con desinteresado abandono. Penetración íntima y recíproca durante la cual la conciencia no ve en las cosas el orden uniforme que la experiencia demuestra, sino un infinito móvil que vibra al unísono con ella.

Esta comunión natural de las cosas y la conciencia, se interrumpe durante el trabajo del análisis. Mientras investigamos lo externo, usando de los sentidos para extraerle provecho, y cuando, más elevadamente, lo estudiamos con la razón, no hacemos sino precisar la distinción entre dos órdenes que se vuelven a cada paso más extraños: el objeto y el sujeto, la materia y el espíritu. El sabio tiende a aplicar a la conciencia las leyes que descubre en el vasto conjunto de las cosas. Los ingenuos, los artistas, los hombres todos, cuando se abandonan a su vida interior, vuelven a la percepción primitiva y eterna de una naturaleza que ignora leyes propias y sigue los misteriosos arranques del sér nuestro. Subsisten, pues, dos conceptos del mundo: el objetivo, analista, intelectual, en una palabra, el científico; y el sintético, que se ha llamado intuitivo, pero que es, más bien, la percepción estética de las cosas. Uno y otro son contrarios. La ley del primero es la causalidad, la necesidad; la ley del segundo es el desinterés, la ausencia de finalidad. En el primero toda tendencia es interés, tiende a un fin, cada causa busca su efecto, cada potencia el acto que la realiza. El segundo es un estado posterior a la realización, una potencia sin la amargura de los renunciamientos, cumplida en todos los actos: omnipotencia que ha penetrado a lo más recóndito de cada cosa

particular, *ateles* pura en existencia eterna. A él se llega por camino inverso del dinamismo fenomenal, siguiendo la sola ley del espíritu, el cintilar único de la emoción de belleza, en que el sér y las cosas se ajustan a ritmo igual e infinito.

* * *

Cierta vez, hace ya algún tiempo, leyendo un resumen de la filosofía pitagórica, me ocurrió pensar que el secreto perdido con las últimas escuelas esotéricas, era precisamente la teoría de que las cosas, aparte de sus movimientos ordinarios comprobables con los sentidos, son capaces de vibraciones paralelas de nuestras tendencias íntimas, afines de nuestra esencia de belleza. Desde entonces me acostumbé a no ver en el número y las demás fórmulas del lenguaje pitagórico sino símbolos de un pensamiento inefable, hondo, sintetizador de lo existente.

Más tarde, buscando comprobación a esta creencia, estudié con detenimiento los textos; y el resultado de todas estas reflexiones se condensa en las páginas que siguen. Junto con él presento la traducción de los famosos fragmentos atribuidos a Filolao, desconocidos en castellano, esperando que esta labor modesta y devota me absuelva del fallo que mis propias hipótesis merezcan.

Porque la interpretación estética del pitagorismo implica un cambio radical de criterio. Casi toda la tradición se empeña en identificar el concepto de *número* con el concepto de *armonía*, y por último con las nociones de Unidad y Absoluto. De esta manera se liga a Pitágoras con Parménides y se hace del pitagorismo una mecánica de lo estable, una mecánica estática, norma de un absoluto concebido como infinito obscuro e inmóvil. En cambio, la versión estética de la tesis pitagórica no termina en el concepto de armonía, ni en el de número. En ella número y armonía son la expresión de un ritmo, al que se subordinan ambos. Ahora bien, ritmo quiere decir movimiento acompasado, pero, al fin, movimiento indefinido; de suerte que, por este camino, se va de Pitágoras a Heráclito, y el dinamismo pitagórico se vuelve, como la vida del espíritu, inestático, móvil, en una palabra: estético y no mecánico.

Sobre la importancia de Pitágoras en el pensamiento eu-

ropeo, no necesito insistir. Su doctrina es punto de partida de todo misticismo filosófico. La originalidad casi sin igual de su sistema, hace de él pensador único, a quien no se encuentra semejante ni en la riquísima ideología de los filósofos del Indostán. Los sistemas filosóficos se producen como consecuencia de un estado de cultura, y aparecen y reaparecen, con muy ligeras variantes, en distintos pueblos y en épocas diversas. Así, por ejemplo, en la India hallamos los duplicados a veces imperfectos, y frecuentemente intensificados, de casi todo sistema griego o europeo; mas el pensamiento de Pitágoras, mejor que otro alguno, parece hallazgo maravilloso, concepto definitivo, que no ha sido posible modificar o exceder, sino sólo repetir y más o menos inexactamente. Aun considerando que el pitagorismo sólo afirma que el número es la esencia de las cosas, no encontramos sentencia igual en todo el resto del pensamiento de la humanidad. Si bien es cierto que en algunas sectas filosóficas del Oriente, y sobre todas en la Cábala judía, se aplican ideas de número a las causas de las cosas y se nos habla de las tres personas divinas, de los siete días de la creación, de los cinco sentidos, etcétera, en todo esto el número no hace veces sino de signo, carece de significación esencial o interna. El pitagorismo considera el número como expresión del movimiento uniforme de las cosas, lo que es muy distinto de los números de la Cábala, que sólo dan signo y orden a los períodos de la creación, a las facultades del sér, a la progresión de los seres en demonio, hombre, ángel, Dios.

Fuera de la Cábala, con la cual tiene el pitagorismo analogías de lenguaje, pero no de significado, y aparte de ciertos números indostánicos que expresan la trinidad, el dualismo del bien y el mal, etcétera, no existe en otros sistemas el número, usado no ya en sentido agnóstico, pero ni siquiera en sentido filosófico.

Ha sido la ciencia moderna la que ha vuelto a fijar nuestra atención, no ya de matemáticos, sino de filósofos, en el significado del número. Los físicos nos han recordado, y hasta cierto punto confirmado, el pensamiento pitagórico. El filósofo griego descubrió que las relaciones de las notas de la escala eran constantes y expresables numéricamente; pero se ignoraba en su tiempo que la altura de los sonidos depende del número de vi-

braciones a que se somete la cuerda sonora, y que a un número crecido de vibraciones corresponde un timbre agudo, y viceversa. Tampoco se había formulado esta ley físico-estética: "sólo nos son perceptibles los sonidos cuyas vibraciones están comprendidas dentro de ciertos límites numéricos"; un cuerpo que vibra con muy pocas vibraciones no nos da percepción auditiva, y un cuerpo como la luz, hecho de vibrar intensísimo de átomos, no nos es tampoco perceptible al oído. Asimismo, para que un sonido nos sea agradable, es preciso que cuente con un número determinado de vibraciones, similar a la capacidad vibratoria de los nervios auditivos, y a cierto misterioso sentido estético que nos es peculiar. Pero Helmholtz se ha limitado a exponer y demostrar sus descubrimientos; no ha hecho, como Pitágoras, filosofía. Pitágoras pretendió explicar la naturaleza, no por la experiencia de los sentidos ni con postulados intelectuales, sino por la afinidad secreta que entre ella y nosotros existe; por la disposición que nos inclina a escoger, entre toda la multitud de los fenómenos externos, los que concuerdan y se confunden con el fluir íntimo de nuestras conciencias. Aplicó un criterio, no solamente intuitivo, sino estético: hizo filosofía con su noción de música y de belleza.

Hasta qué punto deba Platón su encanto y su profundidad a la actitud pitagórica que supo conservar siempre, es difícil definir; pero me atrevo a suponer que, sin el sentido estético heredado de Pitágoras, el platonismo de Platón habría sido el platonismo de la Academia, la hueca teoría de las ideas, la banal y elegante dialéctica de las escuelas.

El amor de belleza, la aspiración hacia el bien, llegan a floración plena en los diálogos, pero arrancan del vidente de Crotona, que ya había realizado el ideal de Sócrates, expresado, antes de morir, en el *Fedón*: hacer una filosofía que fuese música: hallar la expresión conjunta de la belleza y la verdad. Pitágoras es el primer antecesor conocido de la familia mística, extraña y dispersa; de los filósofos músicos, poetas; más bien dicho, de los filósofos estetas.